

GEDEON es el periódico de menos circulación de España



GEDEÓN

Ex-Diputado á Cortes por Madrid.

SEMANARIO SATÍRICO

SE PUBLICA LOS JUEVES
DIEZ CENTIMOS el número

ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 23, primero

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

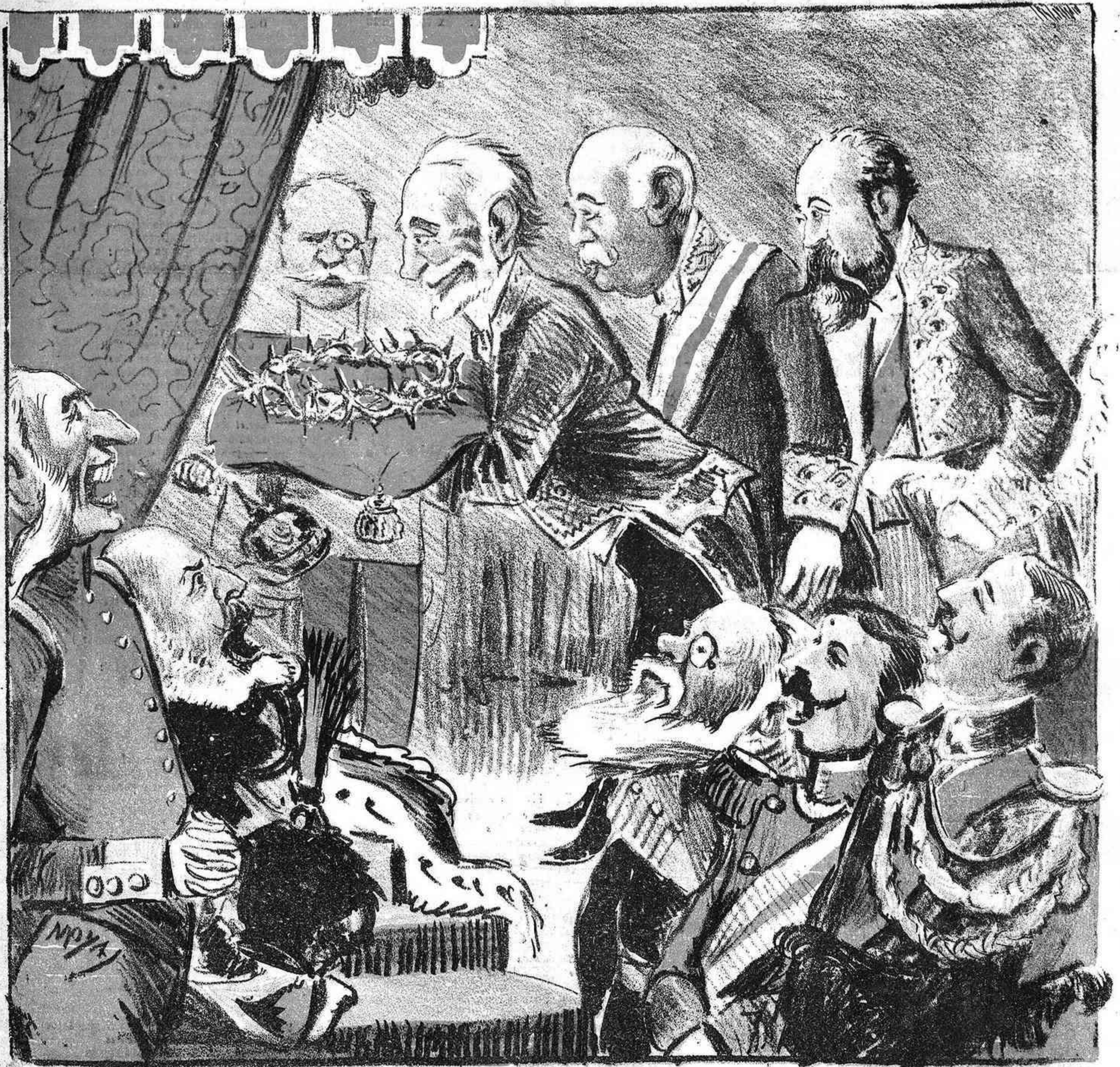
Madrid, trimestre.	1,50 pesetas.
Año.	6 —
Provincias y Portugal, tri- mestre.	2 —
Año.	8 —
Número atrasado.	0,25 —
25 ejemplares.	1,50 —

AÑO IV

Madrid 21 de Abril de 1898

NÚM. 128

APERTURA DE LAS CORTES



LA CORONA DEL DISCURSO

Jueves de Gedeón

—¡Estoy admirado, Gedeón, del clima de Málaga!

—¿Pues qué tiene de particular ese clima, Calínez?

—Parece mentira que me hagas esa pregunta. ¿Tú sabes? Hace pocos días hubo manifestación en la bella ciudad andaluza.

—Pues de ese clima van participando todas las capitales del reino.

—Bueno; pero en Málaga quemaron los manifestantes el escudo yankee.

—¿Y qué?

—Que se abrasaron las estrellas. Pues bien ¡pámate! la temperatura no pasó por eso de veinticuatro grados. ¡Eso es admirable!

—Si que lo es.

—Y un gobernador.

—¿Cómo?

—Veinticuatro grados y un gobernador que va a ser dimitido por el Gobierno. Como si dijéramos, veinticuatro grados y cuatro décimas de esencia. ¿Qué tienes que decir de un clima como ese?

—Yo nada, sino que ya sé qué constelación formaban las estrellas del escudo: la Osa mayor.

—Ya tú ves ¡abrasarse la osa! ¡Anda la osa! como dicen los chulos, y nada, en Málaga una temperatura de lo más agradable: la del yankee frito.

—¡Deliciosa temperatura! Afortunadamente, ellos se empeñan en que la disfrutemos, y se van a salir con la suya. ¿Conoces tú sinvergüenzas más grandes que esos apreciables norteamericanos?

—No digas eso, Gedeón, que te puede costar caro.

—¿Me tomas por Moret, el de las indemnizaciones más caras?

—No te tomo por nadie; pero si insultas a los yankees, el mejor día hace un desembarco en tu casa parte de la troupe.

—¿Qué troupe?

—La de Buffalo-Bill. ¿Tú no sabes que la acaban de contratar?

—¿Para los Circos chicaguenses?

—No, hombre; para los desembarcos en tierra española.

—Pero creen esos grandísimos puercos (con perdón) que nos van a conquistar a fuerza de planchas?

—Les han dicho, sin duda, que así nos dominan nuestros hombres políticos, y ellos ¡claro está! aceptan el mismo procedimiento. Un ejército de acróbatas con un senador de clown.

—Vaya, y que ese senador presentará como aquel clown Billy Hayden, de perdurable memoria, el cerdo amaestrado.

—No cites a Mac-Kinley.

—Yo no lo cito.

—Si me había antojado oír su nombre; pues bien, el Mac-Kinley amaestrado abdicando todos los derechos presidenciales, espera la resolución de sus Cámaras para declararnos la guerra de Buffalo-Bill.

—¿Ese es un verdadero Bill de indignidad?

—¿Qué le vamos a hacer, no tienen otro?

—Y nosotros, Calínez, ¿estamos preparados para la guerra?

—¡Ya lo creo! Sagasta ha armado en corso todos sus parientes.

—¡Formidable escuadra, Calínez!

—Amós Salvador, ó el doble pez espada, afila sus espolones laterales.

—Y si clava en cada uno de ellos un cigarro del estanco, hélo ó ¡lele! convertido en torpedero doble.

—¿Qué estragos puede hacer ese hombre!

—¿Pues y Requejo?

—Hasta el apellido parece un disparo! ¡Requejo con los yankees! Tres gorrios muertos.

—De modo que ya tenemos organizado el corso.

—¿Pero, y de escuadras de combate?

—Eso no lo sabe nadie más que Barmejo el hermano de leche.

—¿El hermano de leche de quién?

—De Moret.

—¿Qué me cuentas, Calínez?

—Te cuento que el Segismundo de Marina y el Segismundo de Ultramar son tocayos, gaditanos y hermanos de leche.

—¿Pero te consta esa fraternidad láctea?

—Me consta; el mismo pecho les procuró el primer alimento.

—¡Muertos somos, Calínez! ¡La Marina con la misma leche que Moret! ¡Entreguemos Cuba!

—No te apures, Gedeón.

—¡Entreguemos Puerto Rico!

—No será para tanto.

—¡Entreguemos las Filipinas!

—¡Detente, desgraciado!

—¡Entreguemos las Canarias!

—¡Ea, Gedeón, no entregues más, que se ha acabado la leche!

—¿Qué terrible noticia acabas de comunicarme, Calínez; ya no hay salvación para nosotros! ¡La Marina con el jugo lechoso del ministro de Ultramar!... No ambiciones victorias navales.

—¡Hombre, peor sería para éstas que no hubiese ni ese jugo!

—¡Todo se volverá taquigrafías y armas al hombre.

—De tierra de tu cerebro tales pesimismo y abre en él las Cortes.

—¿En mi cerebro?

—Claro está; este año se abren en el Senado; y tú vas a ser senador por derecho propio.

—Bueno, hazme una incisión en la cabeza.

—Te la haré en la coronilla, de esa manera tenemos ya el discurso de apertura.

—¿Y por qué llamas al discurso de la Corona el discurso de la coronilla?

—Porque ogaño es muy breve; cuatro palabritas y a otra cosa.

—Eso, como en las visitas de duelo. «He sentido tanto la desgracia... ¿Tiene usted fuego?»

—Cosa semejante. «No pudo contar más que desdichas... ¿Tiene ustedes todavía unos cuartos?»

—¿Y para escribir ese discurso se han reunido dos ingenios?

—Si, dos ingenios, hasta cierto punto; Gullón y Moret ó sean Estado y Ultramar.

—Naturalmente, como que el discurso de la Corona es eso; Estado de Ultramar.

—Pesimo.

—Pero brave, ¡yéndose de nuestras manos!

—Dicen los que conocen el documento, que es has a conmovedor. Gullón pensando en sus mantecadas derramaba lágrimas al ponerle las comas.

—Y Moret exhalaba suspiros al ponerle los puntos.

—¿Pues no le sucedió lo mismo cuando le puso a Cuba los ministros autonomistas!

—¿Ya sabes que dos de ellos han salido para la mangua?

—Si en Cuba es muy frecuente el salto atrás.

—Van según parece en busca de Gómez.

—A la ida le llamarán Maximo y a la vuelta Lucas.

—¿De suerte que no confías en el éxito de sus trabajos?

—Una esperanza me queda.

—¿Cuál?

—Que el Gobierno de aquí cree que no servirán para nada.

—Entonces le colgaremos el viaje al Papa.

—Pobre señor, tan bueno, tan sabio, tan santo y convertido en juguete de las grandes potencias.

—¿Potencias! a cualquier cosa llaman chocolate las patronas. Todas aquellas, para una mediana acción, necesitan las pastillas del serrallo. En fin, Calínez; sea como fuese, se presenta una gran época de emociones, dentro de poco tendremos guerra y Cortes y para colmo de calamidades ni podremos emborracharnos buscando en la embriaguez olvido a nuestros males.

—Oye tú, eso no. El derecho a la borrachera, como dicen varios periodistas, es libre.

—Si, pero la peseta pierde en el cambio más de la mitad de su valor ¿quién se decide pues, a cambiar la peseta?

—Me has aplastado Gedeón. Malditos yankees y ellos habrán de ser los únicos borrachos del mundo? Pues no paso por eso. Ahora mismo voy a la taberna de la esquina, a tomarme unos chicos.

—Tómame el mío.

—Estará cepeado.

—Es posible ¡le llamaremos! ¡Chico! ¡Chico! Ven aquí ¿qué nacías?

(El chico.) Estaba arreglando una mesa.

—¿Qué mesa?

—La del Congreso.

—Déjale esa labor a Sagasta ó a Ramón Guerrero y acompaña a Calínez que quiere tomarse unos chicos.

—Dispenseme el señor, pero no puedo obedecerle. Me van a traer una exposición dirigida a Castelar suplicándole que vuelva a la vida pública y tengo que firmarla.

—Me parece muy plausible tu propósito.

—Bueno Gedeón ¿y entonces yo que hago?

—Tu Calínez, vete y toma; tú chico quedate... y firma.

FABULITAS GEDEONICAS

Las indirectas del Padre Cobos

(IMITACIÓN DE HARTZENBUSCH)

Célebres entre agudos y entre bobos las indirectas son del Padre Cobos, mas como habrá sin duda quien aprecie que exista hoy otro padre de su especie, nadie creará que es fuera de razón ponerse la capucha Gedeón.

No diré, pues, que hay, sino que había una casita blanca no lejos del tranvía del barrio Salamanca (la conjunción, lector no me cabía) y en la casa vivía un buen señor muy gordo y colorado, con tirillas, con dos opuntisimas patillas y un negro colosal por servidor. Aquel señor, aun cuando el cielo azul no pregonaase, ni por sueños, agnás solía pasearse con paraguas y a veces con paraguas y un baú; lo veía la gente

y, en verdad, se pasaba de prudente, pues ni una vez ganaba un abucheo aquel señor tan raro, en su paseo, y aun cuando haciendo el bú los paisanos del gordo estaban, *superabundantemente*, muy tranquilo vivía aquel... señor, y muy agasajado en el convento de que el padre Mateo era prior. Con la comunidad muy descontento cierto portero había, gallego ó catalán (que en e to los autores de hoy en día muy conformes no están). Cobos apellidado, Bartolomé de nombre, alto, robusto, de resuelto genial y un poco adusto; y aun cuando el superior bien le previno que si le molestaba el hombre gordo, Bartolo procurase hacerse el sordo y hacer como él, que siempre echó agua al vino, —Déjome, padre, mire, yo haré que se retire la tal familia presto (replicó el motilón) y pondré en mienda pero indirectamente por supuesto. Fle, padre, en el tino de Bartolo; para indirectas, yo, me pinto solo. Vino al siguiente día, que tampoco era de aguas, al convento el sujeto del paraguas; llama:—Tilín, tilín. Ave María. Me dicen, padre, que hay en Washington votada una *conjoints resolution*... —Bartolo, sin abrir la portería, con un semblante torvo feroz y nada tierno, le dice: Hermano, mire, vaya al cuerno, que hace ya un año me servía de estorbo. Déjese de *conjoints* y a los talones pídales pronto auxilio que si no ¡vive Dios! que los faldones le arderan en su propio domicilio: conque, hermanito, trate de ir a otro manantial que no se agote. Desde hoy ningún pegote prueba de mi convento el chocolate. Y oyendo el hombre la indirecta rara se fué, brotando bermellón su cara.

Llegó luego, enseguida un cuitado romero, con la esclavina mil veces zurcida, con el bolsillo lleno de proclamas y la cabeza llena de camamas. Cobos le dice:—Excuse la venida. Mientras el cargo ejerza de portero, no entra aquí ni gandul ni majadero. Váyase con mil diablos, que sus fines conozco; a Babia, en donde haránle caso, que allí saldrá del paso con vocear y con pegar pasquines: en Babia tal vez halle un general que le cure su mal: aquí no encuentra ni un soldado raso.

Despedido el segundo visitante cata el número tres ¿quién era? el R. aquel a quien *Caglió* llamaban ellas, custodiado por Liórens y por Mellas dándose humos y pisto de importante, con un pliego en la mano, documento anodino é indigesto por el Mella compuesto y escrito en detestable castellano. —Coja al punto el portante —prorrumpió el fiero Cobos— usirfa y toda su encjosa compañía, que ya no tengo aguante...

Con una añadidura semejante y en tono proferida nada blando Bartolo a cada cual fué despachando: subió a la celda del prior bendito, que hacía con papeles un barquito, y el buen prior Mateo, algo confuso, al lego preguntó:—¿De qué manera con toda esa familia se compuso para que de... embromarnos desistiera? —Fué cosa muy sencilla, mi buen padre prior (Cobos repuso): cada quisque llevó su indirectilla y huyó de mí la incómoda cuadrilla. —Cuénteme las diácretas expresiones cuya virtud a la razón los trajo —No hice sino mandarlos al... trabajo con amables razones. —Y a eso llama indirectas, en efecto. —Yo nunca en ellas fui más circunspecto. —Pues, hermano, mentiras ó verdades sus indirectas son atrocidades.

Dijo bien el prior, pero él ignora que el buen padre Bartolo no está solo y que si cualquier día se acalora el buen padre Bartolo y muy fácil sería que si se acalorase cualquier día como mandó a los otros al... trabajo con amables razones, le repita el prior:—Sois un atajo de tíos, de sobrinos y de hambrones; nos tomásteis por bobos y no sabéis quien es el Padre Cobos.

Y en esto hará muy bien: pues ciertos entes en grado escandaloso *impertinentes* se están poniendo ya. Si tendrán gana de alguna indirectilla cobosiana?

su di na ta so m in ti M qu do ta T p po tr ha ch se el lo de es su fu fu m ce ra l mo ay lo ah ca fo de fu de ha pe bu nu de A en C pa sal I T son se j T ent na Y pos ma T bir E gie Y ber sist duo mo en l C der con qui inar E la n mo mu B Asi de pab

POR LA PATRIA

Los ricos aprontan su dinero, los pobres ofrecen su sangre, toda España tranquila pero decidida se dispone a la guerra contando con sí misma y con nadie más.

Las grandes potencias no son más que unos fantasmas ridículos que se asustan de su propia sombra como demostraron en Creta y acaban de demostrar en la cuestión presente; el Gobierno español está en Babia, lugar eterno de residencia de todos los Gobiernos españoles; el país obrará por instinto como obró siempre en la historia y el instinto le salvará.

¿Quién ha de tener fe en Sagasta, ni en Silvela, en Moret, ni en Romero, en Salmerón ni en Nocedal, que habiendo envejecido en la política se han dejado engañar como unos chinos, por personajes de la talla de Mac Kinley y de Sherman, por bichos como Taylor y como el consul Lee?

Perdida ya toda esperanza de arreglo, fácilmente podrían los gobernantes confesar sus pasados yerros poniéndose a la cabeza de la opinión que desde hace tres años sabe a que atenerse, y tanto más podrían hacer esto cuanto que aquí no hay jingoismo, ni chauvinismo, ni patriotía ridícula sino admirable serenidad ante el peligro y admirable decisión para el día de mañana.

Pero aquí la presidencia va siempre a remolque, lo mismo en la plaza de toros que en la gobernación del Estado.

Solamente cuando el tendido se llena de pañuelos es cuando el señor presidente se decide a sacar el suyo; solamente cuando haya que ser un héroe por fuerza es cuando el Gobierno se decidirá a ser héroe.

Los ricos piensan con serenidad en su pobreza futura, los pobres contemplan a la muerte con calma estoica; los únicos que vagan todavía por los cerros de Ubeda son los gobernantes y los que aspiran a gobernar.

En estas críticas circunstancias Sagasta ha demostrado su patriotismo, nombrando él solo, sin ayuda de nadie, unos cuantos senadores vitalicios.

Los ministros han repartido entre sus parientes los cargos parlamentarios, ya que es lo único que ahora se puede repartir.

Aguilera sigue gobernando admirablemente la calle de doña Blanca de Navarra.

Cuando Moret, cansado de dictar a sus taquígrafos las copias de Calines, se asoma al balcón, puede contemplar en los solares de enfrente el lujo de fuerzas que a caso haga falta hoy en algunos lugares de la costa de Cuba.

Y Puigcerver también está tranquilo después de haber convertido las arcas del Estado en cepillos de petitorio.

Todavía se busca la paz a todo trance; todavía se busca la caridad en todos los bolsillos.

¡Quiera Dios que la paz y la caridad les valgan a nuestros gobernantes!

De Guerra y de Marina nada se sabe; nada puede decirse, por prohibirlo la razón de Estado.

Así se hace. Que no se sepa la verdad, para que pueda reinar en Bolsa la mentira.

Que la zozobra atormenta a los hombres de bien para que los agiotistas puedan enriquecerse a mansalva.

De lo que debiera saberse, nada se sabe. Pero noticias no faltan.

Todos los senadores vitalicios recién nombrados son de la tertulia del señor presidente del Consejo.

Todas las secretarías parlamentarias servirán de entretenimiento a los niños de la situación.

Toda la calle de Doña Blanca de Navarra está llena de polizontes y guardias civiles.

Y la chismografía política no se da punto de reposo en los Salones de Conferencias de las dos Cámaras.

Todas estas noticias son las que debieran prohibirse; no las otras.

Pero por algo ha terminado el Congreso de Higiene.

Ya puede destaparse la cloaca.

SECCIÓN DE HIGIENE

Galantemente invitado por mi buen amigo el gobernador civil de la provincia, fui con los congresistas de la sección de Higiene, digo con los individuos del Congreso internacional de Higiene y Demografía a visitar los asilos de Santa Cristina, sitos en la Moncloa.

Confieso y reconozco que esos Asilos, son verdaderos modelos en su clase, y si se quiere más vizconde de los Asilos que D. Eduardo Santa Ana, a quien se le debía cambiar el título por el de barón inamovible de la tercera secretaría del Senado.

El y el señor de Rubianes, son insustituibles en la mesa de la Alta Cámara. Parecen los chicos que movieron la cola del carpintero que construyó el mueble.

Bueno, pues repito que me gustaron mucho los Asilos de Santa Cristina, y que el Sr. Aguilera puede mostrarse satisfecho de los treinta y cuarenta pabellones que forman el benéfico establecimiento.

Nuestra visita—la de los congresistas extranjeros y mía—nos llenó de regocijo y satisfacción, a ellos como higienistas, y a mí como amigo sincero de la primera autoridad de la provincia, padre del Asilo y aun del monte en que éste se asienta, pero cuando nos hallábamos todos más contentos y admirados recorriendo el establecimiento, sonaron de pronto grandes voces de «¡ahí va!» y cada congresista preguntaba asustado en su lengua higiénica respectiva ¿qué sucede?

No era nada afortunadamente; se había escapado el caballo de copas.

Continuamos tranquilamente nuestra visita alabando como se merecen las excelentes posturas de los asilados y el riquísimo alimento que se les proporciona.

Este se condimenta, no como en otros Asilos de tapadillo, sino a cartas vistas y siempre hay gallo!

Después de esa visita nos obsequió el Sr. Aguilera con un almuerzo en los Viveros de Lázaro.

El almuerzo, aunque encargado para menos comensales de los que nos reunimos—y no por torpeza ó culpa del anfitrión—estuvo muy bien servido. Al final se levantó Lázaro.

Fue el único muerto levantado. Yo felicito cordialmente al Sr. Aguilera por los Asilos del Monte de la Moncloa y por el almuerzo de los Viveros de Lázaro López ó el fondista resucitado.

En ese almuerzo se realizó por segunda vez el milagro de los panes y los peces. Cosa esta última difícilísima, por la proximidad del Manzanares. Don Alberto Aguilera briadó, exclamando al final ¡Viva España! Fué detenido inmediatamente y llevado en su coche al gobierno civil a disposición del coronel Morera, a quien por cierto ya le han salido las hojas.

En los últimos jaleos callejeros cayeron de plano sobre las espaldas de varios manifestantes ¡Qué contentos estarán los gusanos de seda!

También asistimos a la recepción del Ayuntamiento.

¡Espléndida, magnífica, indescriptible! El alcalde había tomado muy bien sus medidas para conseguir un excelente resultado. Recargó de la iluminación al Sr. Vela, y del buffet al Sr. Caramanzana, ambos altos emplea los del Ayuntamiento. Los dos en sus respectivas comisiones hicieron honor a sus apellidos.

La iluminación de Vela lució mucho, y el lunch del Caramanzana parecerá más digno todavía de este nombre cuando se pague la cuenta.

Los alguacillos estaban formados a ambos lados de la escalera, y para dar principio a la recepción, el señor alcalde les echó muy gentilmente la llave del Ayuntamiento desde lo alto de la meseta presidencial.

El patio de la Casa de la Villa estaba convertido en un jardín, y los vecinos, es decir, los concejales, habían retirado previamente toda la ropa sucia que suelen tener allí colgada.

También concurrieron al acto los milicianos nacionales luciendo uniformes nuevos y caras viejas.

En suma, y para dar idea de la transformación del Ayuntamiento, baste este dato: Una señora de las que animaban la fiesta con su hermosura, perdió en el salón de sesiones un broche de brillantes.

¡Pareció inmediatamente!

¡Cuán cambiada estaba aquella noche la Casa de la Villa!

Casi todos los congresistas han salido ya para sus países natales.

Todos van admirados de los grandísimos adelantos higiénicos de Madrid.

Uno de los congresistas ingleses nos decía: «Mí tener que buscar la higiene en otras capitales. En Madrid salíme toda la Higiene al paso, diciéndome: ¡Oye, salao!»

Esto, realmente, habla mucho en favor de un pueblo culto y demográfico.

Los congresistas no llevan más que un sentimiento: el de no haber visto al Sr. Gálvez Holguín. Todo el tiempo del Congreso ha estado este señor en la Cárcel.

¡Bueno es preparar los pueblos para esas solemnidades, pero no tanto!

El discurso: «Mañana se celebrará Consejo de ministros para la lectura del proyecto del discurso de la corona que será muy corto.»

Se comprende. Para tales diputados cumplimientos excusados.

Del último Consejo: «El asunto que más entretuvo al Consejo fué el informe sobre el Maine.»

Le entretuvo ¿eh? Pues no es cosa de risa.

Ya nos lo figurábamos: «En el ministerio de Estado se continúa trabajando en la redacción del memorandum que ha de dirigirse a las potencias así que se conozca la resolución de Mac Kinley.»

—¿De dónde vienes, Pío, tan a deshora?

—Estoy haciendo el memorandum ahora.

A nuestros corresponsales: En contestación a sus pedidos, tenemos que anunciarles que no podemos servir ejemplares del último número, porque se ha agotado, como la paciencia de España.

¡Woodford, ya era hora!

—¿Se acabó el carbón?

—¡Se acabó el carbón!

En Madrid, en provincias y en todos los países donde se habla el castellano se están recogiendo firmas a toda prisa.

—Ya lo sabemos—dirá el lector—son para el fomento de la marina de guerra.

Pero no es para eso, sino para un mensaje de felicitación al Sr. Castelar por el restablecimiento de su salud.

Si es broma, puede pasar. Pero no llevada a ese extremo.

Porque según parece, son ya 100.000 los ciudadanos que se han reunido para decirle a Castelar: —Nos alegramos del alivio.

En circunstancias no menos críticas que las presentes organizaba Francia un comité de salud pública.

Aquí, como se ve, organizamos el comité de la salud de D. Emilio.

Dices un periódico: «Algunos de los diputados electos han empezado a señalar en los escaños de la Cámara popular los asientos que ocuparán durante la próxima legislatura.»

Era de esperar. En cuanto se llevan chicos a cualquier parte, como no se tenga mucho cuidado, a los dos minutos ya han dejado señalados los asientos.

Todos los días compran los Estados Unidos media docena de barcos de lance.

Y llevan ya dos ó tres meses haciendo compras. De manera que una de dos. O no van a encontrar agua para tanto barco. O van a tener que llevar sus barquillos uno sobre otro como los barquilleros de por acá.

Ya saben ustedes que tres señores autonomistas han salido oficialmente para sus posesiones de la manigua.

Y a propósito del viaje—y no sé si también de las alforjas—dice un colega: «El gobierno insular tiene las iniciativas que estima conveniente, y el de la metrópoli las respeta sin inmiscuirse en sus trabajos en el campo insurrecto.»

Vamos; el Gobierno de acá hace la vista gorda. Ha acordado seguir representando lo mejor posible su papel de mamá complaciente.

Y hace como que duerme, mientras los jóvenes se dicen chicoleos.

«Entre la paz y la guerra», como dice el *Heraldo*, que se siente hace días en equilibrio inestable: «Cuando el presidente Mac Kinley diga la última palabra, el gobierno español la dirá también.»

Pues va a ser el cuento de nunca acabar. Lo mejor sería que a la última palabra de Mac Kinley siguiera la primera obra de nuestro Gobierno.

Porque el que da primero da dos veces. Y porque al fin y al cabo los yankees no entienden de delicadezas como aquella famosa de Fontenoy: —Señores ingleses ¡tirad los primeros!

La fiesta del Ayuntamiento: «En el recibimiento había seis lacayos de gran librea, en la escalera 24 alguacillos irreprochablemente vestidos con sus tradicionales trajes.»

¿Veinticuatro alguacillos? Mentira parece ¿verdad, señor gobernador?

Porque precisamente aquella noche no hubo corrida.

Mac Kinley ya no da juego; diz que las manos se lava y yo digo: francamente ¡sucia va a dejar el agua!

El discurso: «Mañana se celebrará Consejo de ministros para la lectura del proyecto del discurso de la corona que será muy corto.»

Se comprende. Para tales diputados cumplimientos excusados.

Del último Consejo: «El asunto que más entretuvo al Consejo fué el informe sobre el Maine.»

Le entretuvo ¿eh? Pues no es cosa de risa.

Ya nos lo figurábamos: «En el ministerio de Estado se continúa trabajando en la redacción del memorandum que ha de dirigirse a las potencias así que se conozca la resolución de Mac Kinley.»

—¿De dónde vienes, Pío, tan a deshora?

—Estoy haciendo el memorandum ahora.

A nuestros corresponsales: En contestación a sus pedidos, tenemos que anunciarles que no podemos servir ejemplares del último número, porque se ha agotado, como la paciencia de España.

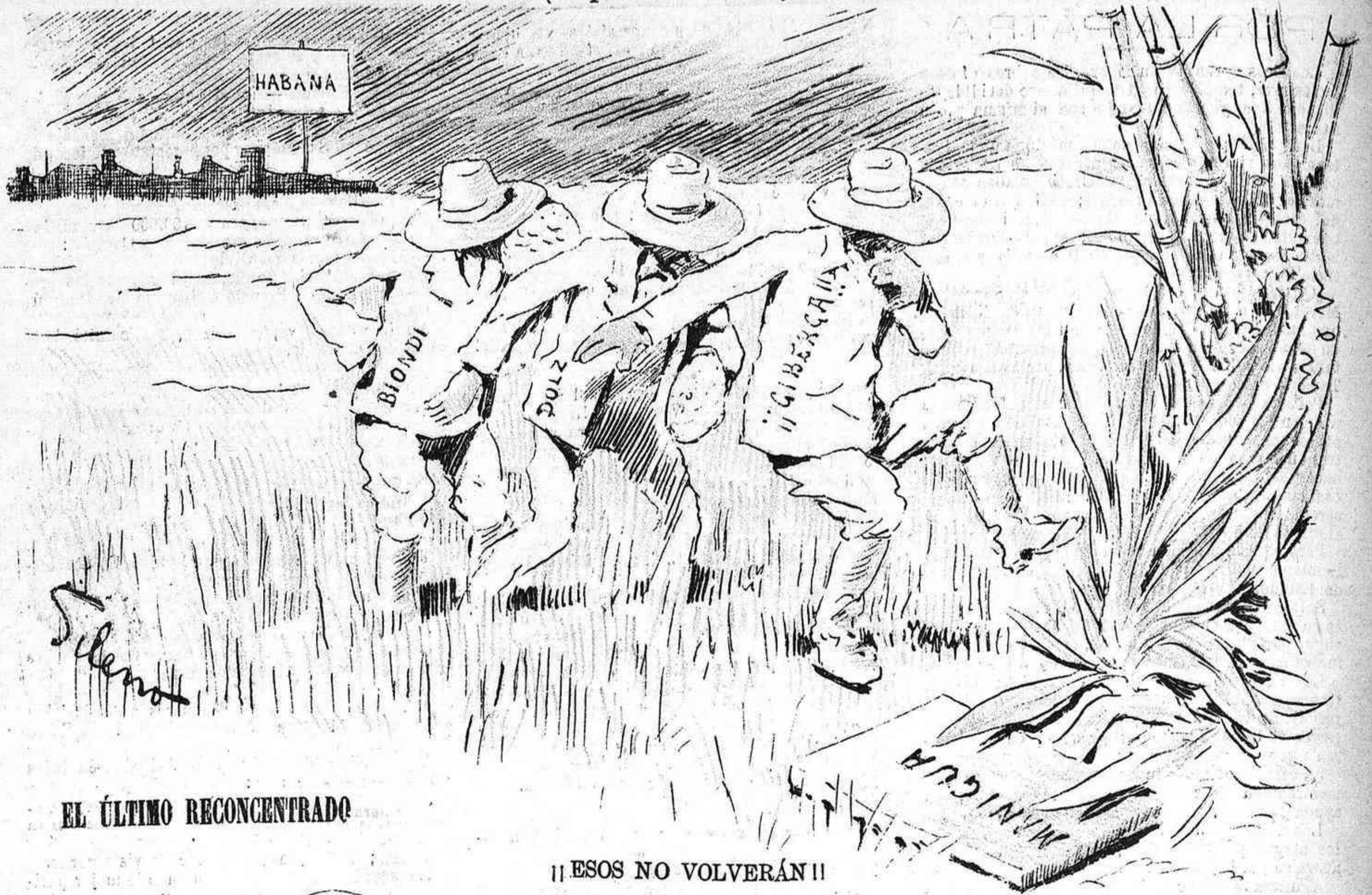
¡Woodford, ya era hora!

—¿Se acabó el carbón?

—¡Se acabó el carbón!

LOS OSCUROS GOLONDRINOS

(Becqueriana autonomista)



EL ÚLTIMO RECONCENTRADO

¡¡ ESOS NO VOLVERÁN !!

IMPRESIONES

de un congresista higiénico-demográfico

Madrid es uno de los pueblos más animados del mundo. Sus habitantes son francos y expansivos y se dejan pegar por los agentes de la autoridad con una mansedumbre admirable. El grito de *Viva España* sin música se considera como subversivo. Por el contrario, el mismo grito resulta altamente patriótico y recomendable cuando se canta al son de un viejo vals de Strauss, que los españoles consideran como himno nacional y que se ejecuta á todas las horas del día y de la noche.

La capital de España es una ciudad poco monumental: su principal y casi único monumento es una especie de coloso algo parecido al Moisés de Miguel Angel: solo que el coloso de Madrid, merced á un ingenioso mecanismo, se mueve, agita un bastón con borlas y pronuncia á diferentes horas del día un discurso. Claro que este discurso es siempre el mismo, porque la mecánica no se halla aún muy adelantada en este país. Al coloso suele seguirle un numeroso grupo, que recibe diferentes nombres, según los oficios que desempeña. Cuando el grupo aplaude, sus individuos se llaman *opinión sensata*: cuando silba, se les llama *golfos*, sobrenombre marítimo que también he visto aplicado á varios sujetos de importancia, como diputados, concejales, etcétera...

La calle de Sevilla es la principal arteria de Madrid. Una de sus aceras es el punto de cita de la aristocracia del dinero y de la alta banca. Allí, al aire libre, se verifican las más arriesgadas operaciones de crédito; una de ellas, la más frecuente ha sido designada por los españoles con el caballeresco nombre de *sablazo*. Naturalmente, en las tertulias que allí se forman no se desdeña la poesía y he oído hablar con verdadera veneración del poeta Grilo, ídolo de la mencionada aristocracia.

Una de las diversiones más agradables de Madrid consiste en ver bajar la bola del ministerio del Interior todos los días á las doce. La bola, colocada sobre el tejado, baja, en efecto, al piso principal, donde, puesta sobre los hombros de un señor gordo, despacha los asuntos del día, y responde de la tranquilidad en toda España.

El Ateneo es un centro científico donde se dan algunas veladas deliciosas, cuyo nombre clásico es una palabra española de origen desconocido: *cachupinadas*. Hay allí varios señores calvos que agasajan al extranjero y le explican diferentes temas, entre ellos el de la autonomía colonial, que en aquella casa está muy en boga: á este delicado obsequio se le llama *lata*.

Madrid conserva la tradición de sus célebres *manolitas*, quienes suelen salir á la calle después de media noche, con sus correspondientes navajas en la liga. En este punto, el progreso ha sido grande, pues, según he podido observar, muchas de ellas manejan la lengua francesa con la perfección de las *démimodaines* de París.

El cosmopolitismo, que todo lo invade, triunfa también en Madrid. En varios círculos de recreo muy acreditados he visto trabajar á la famosa *Madame Cagnotte*, quien hoy por hoy otorga sus preferencias á un noble y linajudo prócer á quien llaman D. José María, y que es un personaje popularísimo.

Otra prueba de cosmopolitismo: en Madrid existen algunos *estetas*, muy apreciados del público literario, el cual ensalza, como es debido, la hermosura de las cabelleras de esos señores. A esta ingeniosa manera de elogiar se llama aquí *tomar el pelo*.

EL NOMBRE OBLIGA

Abiertas ya las Cortes españolas y próxima á ponerse en manos de nuestros representantes (en buenas manos está el pander) la cuestión de la guerra ó la paz con la Grandísima... República, GEDRÓN ha podido hacer las siguientes averiguaciones:

Son partidarios de la guerra

Los Sres. Clavijo, Becerro de Bengoa, Gómez Sigura, Capdepón, Calabuig, Espinosa, Ferratges, Gallardo, Gallo, García Crespo, García Monfort, Gutiérrez Más, Grande de Vargas, Herrero, Jaramillo, Parra, Recio, Requejol, Rodríguez, Sánchez Albornoz, Sánchez Guerra, Tenorio, Puig Sadrigas, Ballesteros, Barón del Castillo de Chirel, Pérez Moro, Crespo Quintana, España y Armas.

Son partidarios de la paz

Los señores marqués de Santa María, marqués de Villasegura, conde de San Bernardo, Cruz, Gay, Pulido, Quejana, Romero Paz, Salvador, San Juan, Santa María de Paredes, marqués de Santa Ana, conde de San Simón, Canillejas, Díez Macuso, La Iglesia y Santos Guzmán.

No son partidarios de la suscripción patriótica

Señores Valdelagrana, Hernández Prieta, Santa María de Paredes, Muro, Prieto y Caules.

Otras noticias

Las mayorías parlamentarias se han puesto como un solo hombre á la disposición de D. Práxedes para ver si han de decir *si* ó han de decir *no*.

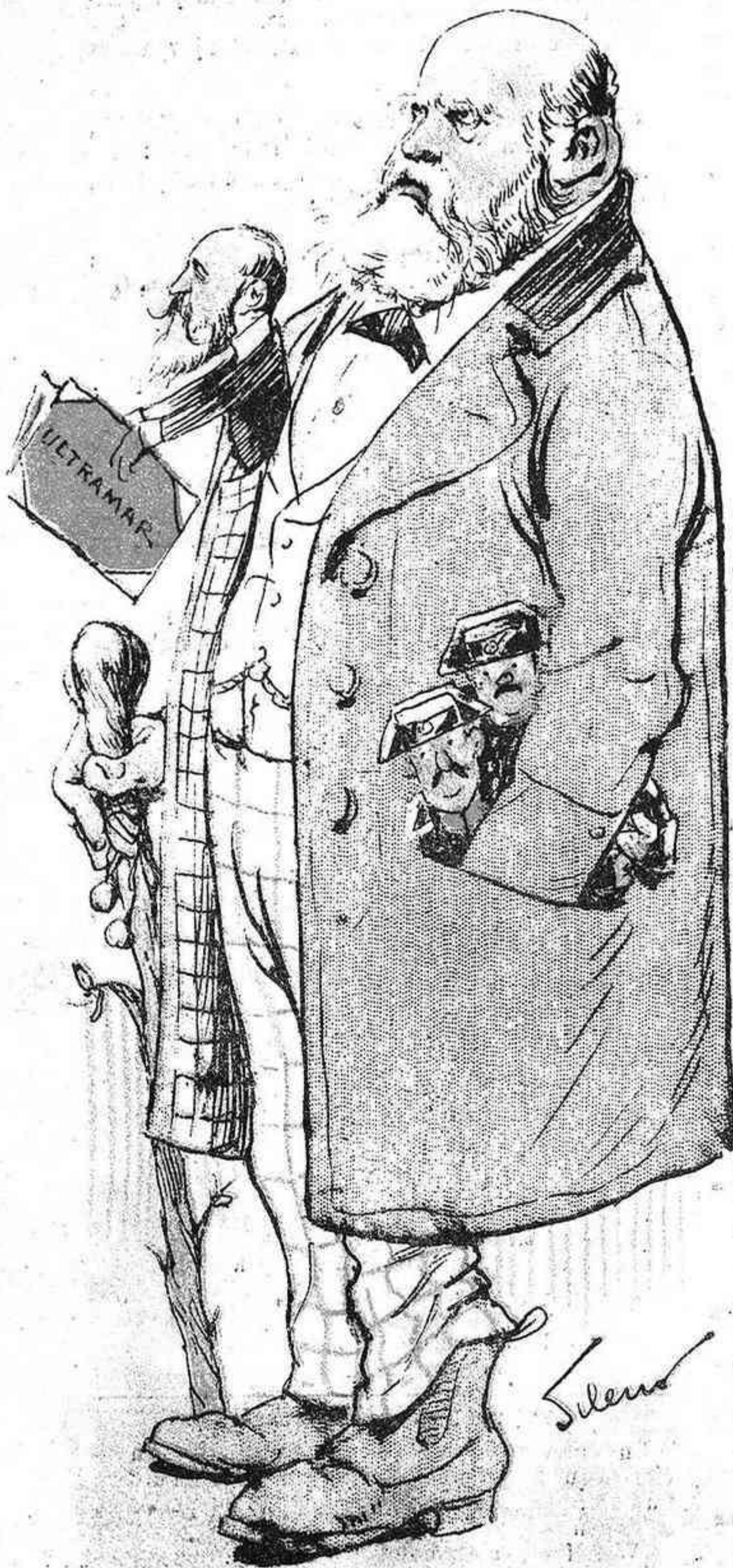
El jefe del Gobierno les ha contestado que ninguna de las dos cosas, sino lo que él dice: ¡Qué sé yo!

Todas las actas sucias presentadas á las actuales Cortes serán envueltas en un papel y enviadas al presidente de los Estados Unidos.

Son muchos los diputados noveles que se traen embotellados proyectos salvadores.

Un joven cuñero piensa proponer que se parta en dos el frontón del Congreso haciendo un corte perpendicular á la base.

El resultado serán *s escuadras*, que no vendrán mal en estos momentos.



¡Don Alberto, ojo con los carteristas!